

“OTRO CRISTIANO EN LAS INSTITUCIONES EUROPEAS” (1)

Ni más ni menos que Herman Van Rompuy actual Presidente del Consejo europeo. Uno más inclinado hacia el cristianismo como única manera de resolver la crisis que amenaza con asolar Europa. A medida que la marea recesiva amaga con invadir la práctica totalidad de los países constitutivos de la Unión, más se echa en falta la necesidad de una ideología que sirva de dique contenedor de la ola contaminante. Fue Italia, como país seriamente amenazado, la primera en abandonar la política y recurrir a tecnócratas de honda raíz cristiana como único medio de reequilibrar la situación.

Ahora nuestro Presidente del Consejo de la Unión también se siente en la obligación de participarnos su preocupación “pues nuestro destino se vuelve cada vez más dependiente de un sistema financiero capitalista desenfrenado y sin ética y el sentimiento de impotencia que ha nacido – añade – nos causa miedo” (2). Es decir que la máxima autoridad de la Unión Europea se siente incapaz de frenar una marcha inexorable de nuestra economía hacia direcciones erróneas, por las espureas dependencias que comportan las adoptadas. Para comunicárnoslo ha tenido a bien aprovechar la ocasión brindada por el rector de la Universidad Pontificia Gregoriana participando en la conferencia “Vivir juntos en la Europa de hoy” donde, hablando en nombre propio desarrolló la ponencia titulada “Solitario-solidario o la esencia de un vivir conjunto europeo”. Comenzó Van Rompuy remarcando como la característica más importante de Europa “el

cristianismo cuya moral benefactora sólo tiende al bienestar en la sociedad”. Siguiendo a Jacques Pirenne seguidamente atribuyó a la Iglesia la creación de Europa como pura comunidad cristiana. Para ello reunió en el cristianismo a un conjunto de antiguas poblaciones romanas, cuyas civilizaciones eran de orígenes milenarios, con pueblos nuevos a través de los cuales se encontraron con todos los grados de barbarie y de semibarbarie. En la proclamación de San Benito de Nursia en 1964 como patrono de Europa hubo un solo motivo: la creación de Europa desde el inicio por la espiritualidad. Fue precisamente el Papa Pío II en el siglo XV el primero en emplear el nombre “Europa” y el calificativo “europeo” al escribir una historia y una geografía de Europa inaugurando así un uso más político de la palabra.

Utilizando la fórmula del biólogo francés Jean Rostand “Solitario, solidario”, Van Rompay justificó así la denominación de su ponencia.

“«Solitario, pues todo parte del hombre. Del hombre indivisible en su singularidad, su originalidad, en el respeto que se merece, cualquiera que sea su nivel social y su grado de inteligencia. El hombre inscrito en la palma de Dios, como dice el libro de los Salmos, y como se muestra en las grandes tragedias griegas».

Pero también es constitutiva del hombre «más que individuo», de su propia persona, es decir del individuo consciente, su pertenencia a comunidades.

Todo parte del hombre. Del hombre y la mujer. Entorno a él o ella se forman círculos concéntricos de comunidades. Mientras que el hombre es el centro.

El hombre, la persona libre y responsable, consciente de sus derechos y de sus deberes. Los deberes se refieren siempre al otro (3). La persona consciente también de su pertenencia no a «una» comunidad, sino como he dicho a «las» comunidades, a una sociedad plural y siempre cambiante constantemente hacia el porvenir.

Solitario y solidario pues, sí, todo parte del hombre y de su capacidad de aceptar las diferencias y de acoger «lo diferente» y de echar, cada nuevo día un puente hacia ese «otro» radicalmente diferente en su comprensión del mundo pero también radicalmente similar en su humanidad (4).

No será sino al precio del logro de tal paso como el hombre, en Europa y en otras partes, será capaz de abrazar al mundo globalizado.

Personalismo y pluralismo

Pero no será en este lugar, en la Universidad Gregoriana, donde necesite convencerles. Y no es casualidad que la aclimatación del mensaje cristiano a las diferentes civilizaciones, sea desde hace más de cuatrocientos años «la marca de fábrica» de los jesuitas, su manera de concebir la mundialización en le respeto de las culturas particulares.

Una mundialización religiosa por la fe, la esperanza y la caridad, pero una fe conjugada con la razón, pues la contribución de la Compañía de Jesús a las ciencias es realmente prodigiosa.

Un bello ejemplo fue el padre Teilhard de Chardin, este científico visionario para quien la unificación y el amor eran el motor de la evolución.

Otro bello ejemplo son las humanidades “grecolatinas”, base de la enseñanza secundaria de los jesuitas, humanidades que tienen su fundamento en las ciencias, las artes y la retórica de las antiguas Grecia y Roma.

«Solitaria, solidaria» decía, o la esencia de un vivir conjunto europeo.

Y cuando digo «entre europeos» quiero subrayar que no creo inocentemente en el posible surgir de un hombre europeo o de una mujer que tendría como primera identidad o como identidad primera ser europeo o europea.

Aquí también creo en esta diversidad que me es cara, en estas identidades plurales que hacen que un habitante de Roma pueda perfectamente considerarse como romano, italiano y europeo, una identidad que no excluye otra, una identidad que no prima sobre las otras.

Creo además que la formación de la Unión europea reside en su aceptación de una identidad europea definida como identidad de espíritu, de sentimientos y no como identidad que se autodefine «nación europea».

Yo me «siento de Europa», con mis raíces y mis bagajes nacionales, regionales, antes de ser lo que algunos llaman «un europeo».

Me «siento de Europa» pero no tengo ningún deseo de entrar en un mundo conceptual indiferenciado.

Concebir al hombre como un ser puramente individualista, racional y cosmopolita es para mí un profundo error. El hombre, o sea hombre y mujer, es un ser multiforme. Basta verlo en lo concreto. No se le respeta obligándole a plegarse a conceptos abstractos.

La riqueza natural y espiritual de Europa son sus varios pueblos, diversas naciones, pluralidad de culturas, pero insisto igualmente, una sola y misma civilización llevada por principios que no es posible derogar y en nombre de los cuales se encuentra la igualdad hombres-mujeres, la democracia política, la separación entre el Estado y las Iglesias.

La integración en nuestras sociedades se hace por la civilización aquí definida bajo la forma de normas e instituciones. Es un factor de unificación en una sociedad pluricultural.

Pero necesitamos más. Necesitamos un «suplemento de alma».

Entretanto creo que nuestra época está demasiado obsesionada por la figura del individuo que se construye a sí mismo. Y que la universalización del reino del individuo, sin superestructuras filosóficas o religiosas, deja al hombre solo delante de su destino. O un «solitario no solidario» se vuelve ansioso y considera fácilmente al otro como un enemigo (5).

Y es según mi opinión el mayor peligro que pueden sufrir nuestras sociedades. Uno constata hoy una falta de trascendencia, de ideas, de ideales que sumergen el individuo. Pues un eje de dirección, un destino son tan necesarios para una sociedad, como para el hombre el sentido que da a su vida (6).

Marcel Gauchet se preguntó si nuestras democracias pueden aún asegurar «la suprema función de la política que es la de dar a la colectividad el sentimiento de una conducción de su destino»: El riesgo es que la política se disuelva para dar lugar a «la» política y su cortejo de intereses y de reivindicaciones identitarias particulares, incapaces de satisfacer el interés general.

El peligro es que un nuevo individualismo, que un nuevo nacionalismo, no conquistador sino calculador, quiera salirse con la suya, dictado por un interés puramente material. Un nuevo individualismo que se desarrolle paradójicamente en un mundo occidental con un sector colectivo, público, extremadamente desarrollado, organizado e imponiendo incluso, la «solidaridad».

Por ello, no creo que los derechos del individuo o los derechos del hombre puedan en el futuro, por sí mismos, constituir una trascendencia o, como dice Régis Debray, un eje vertical en torno al cual los europeos puedan encontrarse. Esto es reenviar demasiado al hombre a él mismo y por lo tanto, forzarlo, limitarlo, cerrarlo, aislarlo. En una palabra volverlo demasiado «solitario» (7).

Europa como proyecto político fue la respuesta a la guerra, al horror. Europa fue construida con la memoria de las tumbas de millones de inocentes. Europa está basada sobre este rechazo y sobre esta opción, en favor del hombre, contra la barbarie y el totalitarismo. Se sabe lo que no se quiere. En nombre de determinados valores que unidos forman una «unión» nuestra «unión». ¿En que consiste esta «unión de valores»?

Corriendo el riesgo de sorprenderles, diría que reside en el fondo, en... el amor (8). Puesto que la solidaridad en nuestros días se convirtió en un concepto demasiado institucional.

Concepto que, para no ser estéril, implica una noción de compartir y de amor. De amor que calificaría como gratuito, en el sentido de don (9). Y si seguramente no es posible imponer el amor, el

amor es la mayor fuerza trascendente que exista, de todos modos es posible a cada uno de nosotros, a cada europeo, trabajar por ello, en la esperanza de un futuro mejor.

El amor no es, no más, algo abstracto. El amor necesita de algo concreto. El amor, como la fe, está muerto si no se transforma en actos. Recordemos a san Agustín, el hombre que proclamó: «Ama y haz lo que quieras»; el hombre que declaró: «Nosotros somos los tiempos. Seamos buenos y los tiempos serán buenos».

¿Entonces señoras y señores, aquí es justamente donde reside la esencia de una Europa en continua construcción? No en un espíritu conquistador a la manera de Carlomagno, o Carlos V o Napoleón, sino en los pequeños pasos emprendidos diariamente, tanto a nivel filosófico, político o económico, pequeños pasos realizados en nombre de esta «unión de valores» cuyo pedestal es el amor. Pequeños pasos que día tras día, año tras año nos muestran, nos demuestran que el camino se hace al andar y que la marcha misma la que determina el sentido del camino”.

A lo largo de esas líneas, como siempre en la vida, hemos visto perfilarse la secular lucha entre ideología – en este caso el cristianismo – y, como nos ha dicho Van Rompuy, “un capitalismo desenfrenado y sin ética”. Si el cristianismo no consigue poner coto a esta sempiterna derivación del pecado original Europa no levantará cabeza pues nadie vislumbra otros posibles principios posibles de frenar a la desaforada codicia que hoy nos gobierna. Si repasamos las noticias diarias vemos cómo la mayoría de los medios de comunicación están en contra de la actuación del nuevo Gobierno italiano complaciéndose en mostrar su no consecución de avances e incluso aplaudiendo sus retrocesos.

Pero hay cosas que no pueden taparse. Así ayer ABC, en sus páginas de economía, tras alarmantes titulares que sitúan a “Italia de nuevo al borde del abismo”, desliza un párrafo altamente significativo. Dice así:

“Un aprecio especial recibió también Monti del Comisario de Asuntos Económicos Olli Rehn, con el que se entrevistó en la tarde de ayer durante dos horas en Roma: «Los desafíos que Italia debe afrontar son dramáticos y muy fuertes. Pero Italia tiene las cartas para superar la crisis. Los fundamentales económicos son sólidos y las prioridades fijadas por Monti son las justas y las apoyamos (10): consolidación fiscal y crecimiento»”.

Hoy, los medios han comenzado a especular con la inminente posibilidad de un macrocrédito del Fondo Monetario Internacional a Italia, con el comienzo de las detenciones a varios defraudadores fiscales en Grecia...

En fin algunos han encontrado el buen camino y parece que las cosas comienzan a funcionar.

Loado sea el Señor.

Madrid, 27 de noviembre de 2011

Fernando Escardó

(1) Copia del original colgado de la página Web de Maranatha, grupo de Oración de la Renovación Carismática Católica en el Espíritu.

(2) El subrayado es mío.

(3) Ídem.

(4) Ídem.

(5) Ídem.

(6) Ídem.

(7) Ídem.

(8) Ídem.

(9) Ídem.

(10) Ídem.